

En el centenario de la muerte de D. José Amador de los Ríos

Palabras pronunciadas por don José de los Ríos Sainz de la Maza, en representación de los familiares de don José Amador de los Ríos, en la sesión conmemorativa del primer centenario de la muerte del insigne maestro, organizada por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba, con la colaboración de la Excma. Diputación Provincial.

Excelentísimos señores, señoras y señores: Las primeras palabras que afluyen a mis labios son de agradecimiento a esta Excma. Diputación por el marco en que se desarrolla este cariñoso acto en memoria de José Amador de los Ríos, mi ilustre antecesor, en el centenario de su muerte, pues este Palacio de la Merced, encierra mucha historia, no solo cordobesa sino nacional y es una de las joyas del arte de nuestra capital.

En segundo lugar, mi reconocimiento a la Real Academia de Córdoba y a todos sus miembros, por la organización de este acto.

Muchas gracias sobre todo en nombre de sus nietas D.^a Elvira y D.^a Elisa, como familiares mas allegados y de toda la familia, muchos de los cuales, en mayor o menor grado, se encuentran presentes en esta sala.

Dentro de la familia, dejó la gran lección que sería meta de su hijo, como de sus hermanos y sobrinos, de un amor por la enseñanza y la investigación, que aún en nuestros días inquieta nuestros espíritus aún no llegando a alcanzar las metas que él encontró.

Hombre de una gran humanidad, y habiendo transcurrido su vida con poca tranquilidad pues de todos es sabido que tuvo que dedicarse a la pintura para sacar su familia adelante, nunca desvió su meta, ya que

tuvo en sus principios grandes maestros como el insigne pedagogo Don Alberto Lista, entre otros.

Su producción literaria no es la que le da fama ni dinero, pues sus versos y obras tienen poca resonancia y hoy en día son conocidas por estudiosos y eruditos. Son sus obras dedicadas a la investigación las que le abren las puertas de la fama, caso curioso en este país, más teniendo en cuenta que su vida se desarrolló en todos los avatares políticos del siglo pasado, muriendo cuando en plenitud de sus trabajos España empezaba una era de estabilización política con el reinado de Su Majestad Alfonso XII.

Hombre incansable, al día le faltan horas para preparar su cátedra y sus investigaciones. Su producción abarcó más de 46 extensísimos volúmenes. Se adelanta casi a nuestros días en el método de investigación y enseñanza. Sus clases se le llenaban incluso por alumnos de otras ramas de la universidad, pues su manera de enseñar era muy amena. Escogía sobre el tema a tratar el verso o párrafo más significativo de la obra a estudiar y era comentado con los alumnos enseñándoles no solo la métrica del verso o la composición sino que se sacaban comentarios como hoy día se hace en las universidades americanas y de otros países en el momento actual. De esta forma se perdía la monotonía de tener que aprender de memoria obras de autores, como hasta entonces era la costumbre.

Según comentarios de su alumno D. Marcelino Menéndez y Pelayo, esto hacía despertar el amor por la lectura a los menos destacados de sus alumnos.

Como un intelectual puro, fue en su trato hombre sencillo y cariñoso, siendo enemigo de toda ostentación a pesar de los puestos que ocupó. Como dato anecdótico, se sabe que duraba muy poco su estancia en recepciones que no fueran académicas, escapando de palacio muchas veces para ir a su casa a continuar sus trabajos a los pocos minutos de haber comenzado una recepción.

Gran amigo de todos los escritores de su época, ya que es el Duque de Rivas, su ilustre paisano el que se lo lleva a Madrid, es Don Juan Valera, el que le consigue trabajo cuando le cesan en su cátedra, no perdiendo nunca su contacto con Córdoba a la cual siempre le tuvo un gran cariño.

Como se ve, en muchas citas de ilustres escritores cordobeses, tomadas de sus obras, hacen mención a Córdoba y su provincia con palabras elogiosas y de cariño hacia este pueblo cordobés.

Inculca en su hijo Rodrigo, el mismo amor y fue éste uno de los hombres que más estudió nuestra cultura y monumentos, pues alcanzó renombre internacional como arabista.

Su gran cariño por la Reina Doña Isabel II, se vió fielmente recompensado por la soberana al llamarlo para que fuese preceptor de su hijo Alfonso. Queriendo recompensar el monarca a José Amador por sus lecciones, afecto y lealtad, así como por sus obras dedicadas le quiso conceder alguna merced o condecoración. Negóse a ello José Amador, solicitando sólo de su Majestad la conversión de su segundo nombre Amador en apellido. Esto ha llevado a la confusión a muchas personas que consideran Amador como nombre, siendo su primer apellido en sus descendientes. ¿Pensaría nuestro ilustre antecesor que Amador de los Ríos era un apellido que definiera su amor por la cultura y por la vida, ya que siempre fueron los Ríos naturales cuna de civilización y sus riberas asiento de las más importantes capitales en todas las épocas de la cultura humana? o acordándose de los versos del poeta

«nuestra vida son los ríos
que van a dar a la mar es el morir»

Amador de los Ríos sería un amor de la vida, de los hombres y de su cultura cosas imperecederas y que enriquecen el espíritu en este siglo en que lo material nos absorbe más día a día.

José de los Ríos Gaiñz de la Maxa